

## LUCES Y SOMBRAS DEL MUNDO CONTEMPORANEO

RIENIE BAEZ TOBAR

Instituto de Investigaciones  
Económicas.

Los acontecimientos que suceden en el mundo —ya sean de carácter económico, político o militar— no son en modo alguno piezas sueltas en el engranaje de la historia, sino que tienen origen en una interacción recíproca de causas y efectos que es preciso reconocerlos y analizarlos. De esto se sigue que una mejor interpretación del presente requiere de una visión retrospectiva y de un enjuiciamiento objetivo de los procesos históricos.

En obsequio a la brevedad, apuntemos críticamente los eventos más trascendentes ocurridos en las últimas décadas y que han contribuído a dar forma a la conflictiva situación del mundo de nuestros días.

A finales del siglo pasado los países de la Europa occidental arribaron a la cima del capitalismo liberal, modo de actividad económica caracterizado por la competencia entre numerosas unidades productivas. Los economistas burgueses no han escatimado alabanzas a ese momento del desarrollo capitalista: se

exalta su "espíritu de aventura", se habla de las "armonías económicas", se cree, en suma, que fue la **belle époque** del capitalismo. A partir de ese momento los países capitalistas más avanzados —continuando el proceso dialéctico de acumulación de capital— entran a la fase monopolista.

En ese tramo de la historia, la principal preocupación de los capitalistas es la eliminación de la competencia; para esto desarrollan diversas combinaciones monopólicas que van desde los "pactos de caballeros" hasta la fusión completa de las empresas, pasando por los pools, cartels y trusts (\*). Sin embargo, la competencia no puede ser eliminada sino que se desplaza a un nivel superior.

La continuación del proceso de acumulación lleva al capitalismo a la fase imperialista, que Lenin la define por los siguientes rasgos (\*):

"1.—La concentración de la producción y del capital, desarrollada hasta una etapa tan alta que ha creado monopolios que juegan un papel decisivo en la vida económica.

"2.—La fusión del capital bancario con el capital industrial y la creación sobre la base de este "capital financiero", de una oligarquía financiera.

"3.—La exportación de capital, como una cosa distinta de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande.

"4.—Se forman combinaciones monopólicas internacionales de capitales que se dividen el mundo.

---

(\*) El trabajo del profesor Perlmutter, del Centro de Estudios Industriales de Ginebra, señala que para 1988 la economía occidental estará bajo el control de 300 empresas gigantes. *The Economist*. Vol. II, Nº 15, Julio de 1968.

(\*) Citado en la obra "Teoría del Desarrollo Capitalista", de Paul Sweezy. Editorial Fondo de Cultura Económica.

“5.—La división territorial del mundo por las mayores potencias capitalistas se hace completa”.

Sintetizando: el capitalismo de competencia o liberal cede su lugar al capitalismo monopolista y éste se desarrolla hasta convertirse en imperialismo.

En este contexto, Alemania que había llegado atrasada al reparto del mundo, desata la primera conflagración de dimensiones mundiales, en 1914. Fue una guerra de corte imperialista, pues pretendía una redivisión del mundo, el dominio de los mercados de exportación e importación y la consecución de mano de obra barata en los territorios en poder de otras potencias colonialistas europeas. Fue la pugna entre grupos rivales de capitalistas la que llevó al tinglado de las naciones al enfrentamiento bélico cuyo saldo trágico se cifra en 10 millones de vidas humanas y en un gasto militar estimado en 208.000 millones de dólares.

El término de la I Guerra Mundial marca el ocaso de la hegemonía británica, el traslado del centro de gravedad del capitalismo a los Estados Unidos de Norteamérica y el nacimiento de la humanidad a la etapa socialista con el triunfo de la Revolución bolchevique en la Rusia zarista.

Derrotada por los aliados, humillada y obligada al pago de fuertes indemnizaciones en el Tratado de Versalles, Alemania se convierte en un excelente caldo de cultivo de sentimientos nacionalistas y revanchistas, sentimientos que fueron hábilmente capitalizados por Adolfo Hitler y su partido nacional-socialista. Este movimiento, de tipo fascista, se sustentó en ideas pseudo-científicas, “epilépticas” como dice Trotsky, funestas para la clase trabajadora y para la humanidad entera. La superioridad racial aria, el espacio vital, la deificación del Estado, son elementos claves del nazifascismo. Sin embargo, toda esa tramoya ideológica fabricada por los servidores del capital financiero no fue más que un desesperado intento de salvar al capitalismo; igual inspiración tuvo el programa del New Deal (Nuevo Pacto) lanzado por Roosevelt para poner coto a la Gran Depresión de los años 30.

Ni el fascismo, que constituye la dictadura más reaccionaria de los capitalistas sobre la clase trabajadora y que pretende eliminar por la fuerza los conflictos de una sociedad de clases, ni el New Deal, que sustentó su política en dádivas a obreros y agricultores, pudieron eliminar las contradicciones del capitalismo. El mismo albur está llamada a correr la proposición johnsoniana de la "great society", que encubre la militarización de la economía, la discriminación racial y los traumatismos psicosociales de una colectividad automatizada que ha creado y se sustenta en falsos valores humanos.

Llegado al poder Hitler, en 1933, y con la connivencia y apoyo de las potencias occidentales, especialmente de Inglaterra, emprende en una vertiginosa carrera armamentista. El velado propósito que animó a los capitalistas occidentales no era otro que servirse del imperialismo germano para destruir a la Unión Soviética, nación que avanzaba en la edificación del socialismo y que, a la sazón, habíase convertido en la permanente pesadilla de los imperialistas europeos y norteamericanos, los mismos que no podían admitir ni creer en la sobrevivencia de un sistema económico que no sea el propio capitalismo.

La Segunda Guerra Mundial se extiende entre 1939 y 1945; los principales contendores son el eje fascista integrado por Alemania, Italia y Japón y los países capitalistas más adelantados de Europa, la Unión Soviética y los Estados Unidos. En realidad, en la II Guerra hay que distinguir tres tipos de lucha simultáneamente: entre imperialistas, fascismo contra socialismo y una guerra colonialista.

Un inmenso holocausto de vidas y un sacrificio gigantesco de recursos fueron el resultado de este segundo enfrentamiento. El epílogo de la guerra fue el nacimiento de la humanidad a la era atómica y una nueva correlación de fuerzas en la arena internacional.

Conforme a la historia se tiene que aceptar que la guerra ha sido una desviación inevitable de la política convencional, o, como señala Clausewitz "es la continuación de la política por otros medios".

El sometimiento y la rapiña de los pueblos atrasados, el agudizamiento de las pugnas entre grupos monopolistas, las carreras armamentistas auspiciadas por los grandes trusts productores de material bélico, la enconada controversia con el socialismo, etc., son pruebas de la agresividad innata del capitalismo, siempre proclive a desarrollar las semillas fascistas que subyacen en su esencia. Rosa Luxemburgo enjuicia acertadamente este fenómeno: "si consideramos la historia como fue —no como pudo o debió haber sido— debemos convenir que la guerra ha sido un rasgo indispensable del desarrollo capitalista".

El capitalismo "tranquilo, razonable, sosegado" de Sombart, pierde toda significación ante las doctrinas estratégicas norteamericanas del "destino manifiesto", de las "fronteras ideológicas", que han dado pábulo a una diplomacia de la violencia y chantaje y a intervenciones militares directas como en Vietnam, Laos, Indonesia, Congo, República Dominicana, Panamá, etc.

Después de la segunda guerra, y por efecto de una curiosa interpretación del Acuerdo de Yalta, el mundo se divide en dos grandes bloques: de un lado la llamada democracia occidental y su respectiva "esfera de influencia", este bloque cae bajo la férula política, económica y militar de los Estados Unidos de América, y, por otro, encontramos al bloque comunista, cuya dirección asume la Unión Soviética y se integra con los distintos países de la Europa central y oriental en los cuales habíanse impuesto los movimientos políticos inspirados en el marxismo-leninismo.

El "empate nuclear" entre los Estados Unidos y la Unión Soviética les lleva a concertar una entente conocida como la coexistencia pacífica; transitoriamente se pone punto final al forcejeo político y diplomático denominado guerra fría. Pero ese acuerdo ruso-americano, que dio lugar a un sistema bipolar en la política internacional, viene siendo bombardeado desde distintos ángulos. Veamos los fenómenos más recientes que han venido a resquebrajar el espíritu primario de la coexistencia pacífica:

La República Popular China, la nación más grande del mundo con sus 700 y más millones de habitantes, cuestiona la co-

existencia pacífica aceptada por los soviéticos y acusa a los gobernantes rusos de revisionistas de los principios de Marx. Desde el punto de vista de la China de Mao, no se puede transigir con un enemigo que se empeña en realizar la agresión. Vale advertir que la China, en apenas dos décadas de socialismo, consigue un espectacular desarrollo de su economía logrado principalmente por la puesta en marcha de su "Gran Salto Adelante" y refuerza sus argumentos con un respetable arsenal atómico que ha obligado a alimentar las líneas defensivas tanto a los Estados Unidos como a la URSS.

Pero el cisma sino-soviético no es la única sombra que enturbia la paz mundial al dejar fisuras que son aprovechadas por el imperialismo, pues países como Yugoslavia, Albania, Rumania y Cuba, realizan una política exterior divergente de la del Kremlin, y edifican sus sociedades socialistas ateniéndose a particulares interpretaciones del marxismo. Esto produce escozor en Moscú y sus satélites leales y ha llevado a desafortunados desenlaces como los de Hungría y Checoslovaquia.

Ahora, si en la esfera socialista hemos advertido síntomas de fricción, es indiscutible que el mundo capitalista se convulsiona en un evidente proceso de descomposición.

La Francia gaullista no acepta la política norteamericana ni en Europa ni en el Vietnam, divergencias que han puesto en entredicho a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Sus coloquios con Moscú y Pekín enojan más a los norteamericanos. Francia parece aspirar a convertirse en una especie de poder compensador en la disputa Este-Oeste y en líder del Tercer Mundo, pero sin contar con la potencialidad militar y económica que es lo único que cuenta como método de persuasión-disuasión. La repulsa a los anglosajones, el miedo al comunismo y un confuso supranacionalismo europeo, constituyen elementos adicionales de la actual política francesa.

La Alemania Federal, convertida en principal peón del imperialismo norteamericano en Europa, persiste en su rearme y no deja de soñar en su ingreso al "club atómico" y en ejercer el papel dominante en la Europa occidental. La resurrección del

fascismo, disfrazado de Nacional Democracia, es síntoma concluyente que la locura del III Reich tiene sus empedernidos seguidores, y atiza el fuego en una región que se ha convertido en el principal campo de dirimencia entre los grupos monopolistas y las fuerzas del socialismo.

Inglaterra, desplazada a la condición de potencia de segunda clase, marginada del Mercado Común Europeo, se encuentra por el momento ocupada en dismantelar su carcomido imperio y en un reexamen de su participación en la política mundial. Parece ser que la historia le ha reservado el papel de aliado incondicional de los Estados Unidos.

Sería demasiado largo emprender un análisis de los principales focos y motivos de intranquilidad, sin embargo: la proliferación de armas nucleares y las desenfrenadas carreras armamentistas; la violencia, la explotación y el racismo sembrados por los colonizadores y neocolonizadores a lo largo y ancho del Tercer Mundo (cuya manifestación más alta es el ultrarreaccionario **apartheid** impuesto por minorías blancas en el Africa negra); los complejos psicológicos de agresión y frustración desarrollados por las sociedades tecnológicas, etc. dibujan un oscuro panorama a las aspiraciones de paz. En realidad, una paz verdadera será posible únicamente en un mundo en que hayan desaparecido los motivos para la guerra.

Tratemos de insertar la cuestión del subdesarrollo económico en el marco de la política y economía mundiales. Pero, antes vale la pena analizar la naturaleza del problema y, primeramente, su aparecimiento en los foros internacionales.

Al atraso y miseria execrables en que viven los habitantes del Hemisferio Sur del planeta —territorios localizados en Asia, Africa y América Latina— se le conoce en el lenguaje político, económico, sociológico con el eufemismo de subdesarrollo. Constituye sin lugar a dudas el "descubrimiento" más importante en lo que va del siglo, pues implica el reconocimiento de una tremenda situación de la mayor parte de la humanidad. No es desde luego un fenómeno nuevo, y sin temor a error cabe señalar que siempre habrá subdesarrollo si se habla en términos compa-

rativos de nivel de vida entre naciones o regiones. El meollo del asunto está en que antes se consideró al **progreso económico** como patrimonio exclusivo de las naciones europeas, Estados Unidos, Canadá, Australia y otras regiones habitadas por blancos. El resto de naciones constituían la plétora de "territorios coloniales" para los cuales el estancamiento, la expoliación y la pobreza "debían" ser cosas normales, que no habían de preocupar a nadie . . . ni siquiera a sus propias víctimas.

Diversos acontecimientos ocurridos en las últimas décadas, como la Revolución Rusa (1917), el derrumbe de los imperios coloniales y el nacimiento en esos mismos territorios de estados formalmente independientes, el apareamiento de las democracias populares en Europa, el increíble desarrollo de los medios de comunicación, la creación de las Naciones Unidas y sus organismos especializados, y, más recientemente, el "hecho cubano", tuvieron la virtud de trastocar el antiguo módulo de mirar el atraso y la explotación de los pueblos. Los problemas del desarrollo y subdesarrollo han pasado en nuestros días a convertirse en un centro de interés de los gobiernos y de la **intelligentzia**, aún en los mistificados pueblos asiáticos, tradicionalmente partidarios de buscar la felicidad por vía de eliminar las necesidades materiales.

De resultas de los diversos acontecimientos señalados y de los fermentos ideológicos que los dieron lugar, la necesidad de liberación y progreso viene ganando terreno en la conciencia social de las masas humanas preteridas y sojuzgadas, de los "condenados de la tierra" como las denomina Fanon.

Mas, en medios vinculados al sistema capitalista mundial, se ha tenido que soportar una verdadera marejada de ideologías, doctrinas y teorías sobre la materia, tendientes no precisamente a dilucidar su esencia sino a desviar la atención de las causas reales del atraso, es decir, a una alienación de la opinión pública. El mal disimulado propósito que anima a toda la literatura **reformista** es la defensa a ultranza del capitalismo, su celestina democracia representativa y de los gobiernos "fuertes" favorables al imperialismo.



Por motivos de espacio y tema no se emprenderá en este comentario una revisión en profundidad del pensamiento económico respecto del desarrollo y subdesarrollo. Señalaré únicamente que hay dos corrientes perfectamente diferenciadas:

La primera, de la que se insinuó algo en las líneas anteriores, se la conoce como **reformismo** o **desarrollista**. Esta corriente —profusamente difundida en nuestro medio **pari passu** que ha inspirado superficiales políticas económicas— fundamenta sus razonamientos en una visión epidérmica, vulgar e interesada de la realidad social. Considera al sistema feudal-capitalista como un orden susceptible de mejoramiento a través de una serie de “reformas estructurales” y una reafirmación de las instituciones “democráticas”. Es decir, para los economistas burgueses y más teóricos del reformismo, son los grupos de presión, las clases medias y las potencias colonialistas las que formarían una **force de frappe** contra las causas y causantes del subdesarrollo. Habría que recordar a los obcecados defensores del reformismo que ningún grupo social está dispuesto al suicidio, esto es antinatural, y la historia aporta un rotundo mentís a sus razonamientos.

Las políticas preconizadas por los reformistas tienen como denominador común la sobrevivencia de los esquemas capitalistas y precapitalistas de producción, pues, sus pseudo recetas —como veremos más adelante— no pueden llegar a una alteración de la macroestructura en que se asienta el fenómeno del subdesarrollo.

El pecado original de las concepciones no marxistas del desarrollo y subdesarrollo radica en que parten de una teoría económica que se sustenta en la relación hombre-cosas, es decir desdeñan el carácter social de las actividades productivas y de distribución; desvirtúan el papel del Estado burgués —verdadero cancerbero de la propiedad privada, la misma que la consideran una categoría jurídica permanente—; no conciben la lucha de clases que velada o abiertamente tiene que existir por la contraposición de intereses en los modos capitalista, feudal y esclavista; soslayan el carácter apendicular de las economías del Tercer Mundo, ligadas inextricablemente a las metrópolis por vías del

comercio, el capital financiero, la técnica y hasta las concepciones políticas, religiosas y morales.

En síntesis, asistimos a una pavorosa desarticulación y desorientación de la ciencia económica burguesa que, consciente o inconscientemente, deforma "la realidad hasta la caricatura", para utilizar la frase de Marchal. Tal estado de la economía política dominante en nuestro medio es explicable por la intención subyacente de mantener la polarización de la riqueza y la miseria. Es deplorable que esta nueva escolástica —manoseada y envilecida cada vez más por las élites gobernantes y por los servidores académicos del imperialismo— sea el aroma espiritual aún en los recintos universitarios más democráticos.

La segunda corriente, denominada **revolucionaria**, se encuentra en su fase formativa, esto no es óbice para describir sus contornos generales. Un amplio horizonte se abre a la teoría revolucionaria del subdesarrollo y se viene enriqueciendo aceleradamente con estudios objetivos de la intelectualidad de vanguardia del Continente.

La corriente revolucionaria del subdesarrollo juzga a éste como trasunto de las relaciones de producción en un contexto espacio-tiempo determinado. El subdesarrollo viene a ser una cuestión estructural. Veamos el concepto marxista de estructura:

"En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la **estructura económica** de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social" (\*)

Partiendo de esta premisa de índole general, la teoría revolucionaria define el subdesarrollo actual de extensas zonas del

---

(\*) Contribución a la Crítica de la Economía Política. Carlos Marx.

mundo como una situación provocada por la coexistencia de estructuras precapitalistas y capitalistas internas y externas, mismas que entraban el desenvolvimiento de las fuerzas productivas determinando un cuadro de postración y miseria de vastos sectores sociales.

Visto así a grosso modo el problema, el desarrollo económico —dialécticamente la "negación del subdesarrollo"— impone la necesidad de terminar con las relaciones de producción imperantes (que son las que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas). Siendo el Estado burgués el sustentáculo de las relaciones antagónicas de producción que permiten el aprovechamiento de la plusvalía por reducidos grupos de parásitos sociales, la tarea revolucionaria tiene que centrarse a una lucha con los sostenedores y beneficiarios de esa superestructura social. En otras palabras, el "salto dialéctico" de un status de subdesarrollo a otro en que sea posible el desarrollo, implica **prima facie** la lucha y el triunfo de la vanguardia revolucionaria del pueblo sobre las fuerzas reaccionarias.

El proceso mismo de desarrollo tendría lugar como resultado de la organización de la sociedad sobre relaciones no antagónicas, sobre relaciones de cooperación y esfuerzo tendientes a conocer y dominar las leyes de la naturaleza y las leyes de la sociedad, es decir, bajo un esquema socialista concomitante con las singularidades de cada país.

La cuestión del subdesarrollo se encuadra en el marco de la política internacional, desde que el imperialismo norteamericano, en su calidad de beneficiario y causante del atraso de nuestros pueblos, se ha autoerigido en policía del "mundo libre", y bajo este membrete está dispuesto a desatar "guerras locales" a pretexto de defender su seguridad nacional y la democracia occidental y cristiana, sistema éste cuya principal regla de juego es —como dice Mikes— "no interferir en la interferencia" del capital monopolista estadounidense.

El triunfo de la Revolución Cubana (1959) fue el elemento catalizador en el proceso de conformación de una ideología revolucionaria más consecuente con la realidad latinoamericana,

pues, marca en su sitio la línea divisoria en el aspecto político: la izquierda tendrá que ser fundamentalmente marxista y anti-imperialista, en tanto que las fuerzas reaccionarias se encontrarán ubicadas desde las posiciones reformistas de centro-izquierda hasta los movimientos derechistas más recalcitrantes.

La réplica de Washington al nuevo panorama político-ideológico dibujado por la Revolución Cubana, fue la tristemente célebre Alianza para el Progreso (1961): una especie de reflejo condicionado del gobierno estadounidense en momentos que estimó llegada la "hora cero" al continente latinoamericano. A los siete años de lanzado el programa, con un fabuloso despliegue propagandístico, existen sobrados elementos de juicio para proclamar su total fracaso. El hecho que la Alianza, como panacea para resolver nuestros males sociales y económicos, sólo se encuentre ya en la cabeza de los más necios especímenes de la democracia representativa, es prueba inequívoca de su término por consunción.

Sin embargo, el resultado de la Alianza no fue totalmente negativo, pues, por un "efecto boomerang" puso al desnudo toda la falacia de la "ayuda" norteamericana y la inocuidad de sus recetas reformistas.

Una radiografía de la Alianza hace ver lo siguiente:

En primer lugar trató de dar un cariz de generosidad y altruísmo a los programas denominados de **asistencia económica**, que comprende préstamos e inversiones, comercio y servicios técnicos.

Esta **sui generis** asistencia resultó un burdo disfraz a las exportaciones de capital (inversiones directas y créditos a los gobiernos), que —conforme se indicó antes— constituyen un rasgo inherente al capitalismo en su fase imperialista. Los empréstitos han sido siempre un eficaz método de sometimiento de los gobiernos, ejércitos regulares y pseudo-intelectualidad, en tanto que las inversiones directas son el instrumento más adecuado para asegurar el dominio de mercados, el control de materias primas estratégicas y para mantener una elevada tasa de plusvalía (tasa de explotación) en la propia metrópoli. En rea-

lidad, desvincular los movimientos de capital de la historia sigloventina, sería eliminar de un tajo toda la **raison d'etre** de la política internacional.

Basta señalar que la deuda pública de América Latina a los distintos organismos financieros internacionales se duplicó entre 1960 y 1966, para darnos cuenta del verdadero espíritu de la Alianza. Y, lo que tenía que suceder: nuestros gobiernos se han acostumbrado a esta droga que, al tiempo que destruye las fuerzas productivas nacionales por efecto del gravoso servicio de amortización e intereses, lesiona los principios de soberanía y autodeterminación.

Respecto de la inversión directa un estudio del economista brasileño Celso Furtado señala que en la actualidad del 50 al 75% de la industria dinámica de la América Latina depende del capital externo, especialmente norteamericano (\*). La integración económica del continente, bajo el molde propuesto, calurosamente aplaudida por sectores políticos mediatizados, no tendría otro efecto que crear sobre inconsistentes economías nacionales, un amplio corredor para la libre movilización de los capitales yanquis. Para los países más atrasados de la zona esto significaría tener que renunciar a sus intereses nacionales en materia de industrialización en aras de un esquema de división internacional del trabajo, esquema que transferiría a nivel regional la actual división de naciones industrializadas y naciones productoras de bienes primarios. Todas las opciones para el desarrollo de los países latinoamericanos pasarían a ser administradas directamente por el capital monopolista estadounidense. En síntesis, la integración propuesta equivale a una cesión del residuo de soberanía a favor de fuerzas extrañas a la región.

Los problemas referentes al comercio exterior de los países latinoamericanos continúan sin resolución. En verdad, la Alianza para el Progreso ni siquiera tocó esta cuestión, sin embargo, no

---

(\*) La concentración del poder económico en los Estados Unidos y sus proyecciones en América Latina. Revista del Instituto de Estudios Internacionales, Nos. 3 y 4. Santiago de Chile.

puede dejar de señalarse que el deterioro en los precios de los productos básicos que exporta la región ha superado el monto de recursos financieros recibidos en calidad de préstamos. El fracaso de las dos conferencias sobre comercio y desarrollo auspiciadas por la ONU y los resultados de la Rueda Kennedy, verificada a la sombra del GATT, destruyen las ilusiones de los más optimistas espectadores de las negociaciones comercial-aduaneras. El comercio internacional sigue actuando como una bomba de "transfusión inversa" de capitales, en otros términos, el progreso de las naciones industrializadas sigue alimentándose de la explotación del trabajo y de las riquezas naturales del mundo subdesarrollado.

Los programas de asistencia técnica han venido a constituir un expeditivo medio para el reingreso de los préstamos a las metrópolis y para encubrir labores de espionaje a favor del imperialismo. La característica más notable de los "expertos" internacionales es un enciclopédico desconocimiento de las realidades nacionales de Latinoamérica.

Pero, centrémonos en el aspecto reformista de la Alianza. Esta debía tener cumplimiento por vías de una planificación indicativa, flexible, democrática (sugestivos nombres para un nuevo fetiche).

El término planificación económica supone la elaboración y puesta en marcha de un conjunto racional de medidas y decisiones, tomadas de un número mayor de alternativas de inversión, de utilización de recursos humanos y materiales, con el propósito de aumentar la productividad de la mano de obra y el grado de bienestar social. Entendida así la planificación, ninguna persona de buena voluntad y que se preocupe por el adelanto colectivo puede oponerse a esa saludable práctica. Vale la pena esta aclaración para evitar equívocos en el juzgamiento de las ideas expuestas en este comentario.

Mas, la planificación indicativa encierra contradicciones de tal magnitud que si la tecnocracia planificadora se detuviera a pensar serenamente, tendría que convenir que lo realizado hasta ahora en América Latina no ha sido más que una planificación;

en el vacío, una infantil parodia de la planificación socialista. Razonemos nuestro criterio:

En primer lugar, la existencia de planes y programas de desarrollo no implica **per se** que exista planificación, pues, la elaboración de planes y la puesta en marcha de la economía en función de las directrices de un plan son cosas completamente distintas. Vale esta aclaración porque es lugar común —en nuestro medio— confundir y utilizar indiscriminadamente esos conceptos. Sigamos adelante:

En macroestructuras económicas deformadas por el colonialismo europeo, y después de la "Independencia" por sutiles formas de colonialismo, prevalecen modos antagónicos de producción cuya consecuencia es el usufructo del poder económico y político por parte de élites criollas en connivencia con el capital externo. El Estado viene a constituirse, como dice Marx, en el "comité ejecutivo" de ese grupo dominante, y, toda la acción estatal —compulsiva, reguladora o de empresa— se encarrila hacia la defensa de los intereses de los detentadores de la plusvalía (\*).

En este contexto no puede haber una decisión del más alto nivel gubernamental para una auténtica remoción de la estructura económica, pues, conforme se ha repetido **ad nauseum**, ello implicaría una autoeliminación de los grupos de presión. De esto se sigue que toda la acción reformista —con o sin "planificación"— se mueve en el marco de los clásicos métodos de concesión-represión que no llegan a modificar el quid de las relaciones de producción en que se asienta el subdesarrollo.

Existen otras razones secundarias que explican el empantamiento de la planificación indicativa: no existe una determinación exacta de las unidades ejecutoras del plan; los proyectos acusan notables deficiencias; un alto porcentaje de ahorros in-

---

(\*) Según Trotsky: "Quien posee la plusvalía —excedente que produce el trabajador— es el dueño de la situación, posee la riqueza, posee el poder del Estado, tiene la llave de la Iglesia, de los tribunales, de las ciencias y de las artes". El pensamiento vivo de Carlos Marx. Editorial Lozada.

ternos se los dedica a inversiones especulativas y suntuarias y los entes públicos padecen de una endémica penuria de recursos; los préstamos externos significan, desde el principio, una pesada carga difícil de sobrellevar, sin contar la mengua en la soberanía y dignidad de los países prestatarios; exacerbados sentimientos localistas y regionalistas salen a relucir en cuanto los grupos de presión se sienten afectados; y, finalmente, la anarquía, la incapacidad y la corrupción de la administración pública impiden llevar a la práctica modestos programas y proyectos. (En un país latinoamericano se dio el curioso caso de que una vez terminada la "planificación", se cayó en cuenta de la omisión de los proyectos a través de los cuales debía tener cumplimiento el plan. Esto es como querer llegar a la Luna viajando en escobas de bruja).

En lo referente al sector privado la inocuidad de la planificación deviene de la circunstancia que ninguna unidad productiva está dispuesta a comportarse según las directivas del plan, sino que procede de acuerdo a sus propios criterios de valuación de mercados y perspectivas de utilidades. Los planes indicativos nunca han sido ni serán un evangelio para los empresarios, y, lo que es peor, las empresas desconocen en absoluto las metas y directrices de la planificación. Ante esta situación todos los estímulos o incentivos que otorga el sector público al privado quedan virtualmente anulados. ¿Alguien ha oído decir que la empresa A va a dedicarse a producir los bienes x, y o z, porque el plan lo contempla? Peor todavía, ¿algún pequeño productor ha expresado su punto de vista respecto de una proyectada reducción de las áreas bananeras o cafetaleras? Corolario: si los sectores que intervienen directamente en la producción no conocen o no están dispuestos a encaminar su gestión de acuerdo a los designios o esperanzas de los órganos de planificación, ésta se trata, indudablemente, de una entidad ideal, platónica.

Es por esto que, enferma de inanición, la planificación indicativa, con sus diagnósticos, modelos econométricos, tasas y proyecciones, está en tránsito definitivo al cajón de trastos viejos de la historia; naturalmente que las dependencias burocráticas



seguirán existiendo en virtud de la conocida ley de Parkison que reclama la sobrevivencia de las instituciones después del cumplimiento (o incumplimiento) de los fines para que fueron creadas.

Al amparo de la Alianza para el Progreso y de la planificación indicativa cobraron vida las llamadas "reformas estructurales", todas ellas colosales payasadas dignas de la democracia occidental, como se desprende de un somero análisis de su anatomía:

Las reformas agrarias fueron teorizadas y llevadas a la práctica como un entendimiento entre los monopolistas de la tierra y las fuerzas políticas reformistas. En otros casos se consideró como reforma agraria al reparto de zonas agrícolas marginales. Ni las reformas agrarias **negociadas** ni el reparto de tierras erosionadas —verdadera distribución de miseria—, podían alterar la situación de los campesinos.

La reforma agraria ecuatoriana trató de ajustarse a una mixtificación de las dos modalidades señaladas: compra de tierras para reasentamientos y eliminación de formas precarias de tenencia. No es casual que esta reforma naciera con la impronta del fracaso dando por resultado un trago amargo para los campesinos y un cinturón burocrático no menos amargo para el Fisco. Sin embargo, a despecho de sus mentalizadores y corifeos, los trabajadores agrícolas han tomado conciencia que la tierra es para quien la trabaja y que el respeto a la "ley y el orden" no significa más que aceptar una situación de injusticia y pertinaz engaño a su ancestral "hambre de tierra" y la libertad.

Paralelamente a la "puesta en marcha" de la reforma agraria se quiso sanear las finanzas públicas y se proclamó la urgencia de una reforma tributaria. En los limbos burocráticos se gastó una importante —aunque no cuantificada— magnitud de esfuerzos cerebrales. Los resultados constituyen otra decepción: los **lobbies** criollos siguen utilizando los más descarados procedimientos de evasión y defraudación; la recaudación sigue en manos de gente inescrupulosa, inmoral; y, lógicamente, el peso de la financiación sigue recayendo sobre los hombros de las masas

populares por vía de la imposición indirecta, y, en definitiva porque el trabajo es la única fuente que crea valores.

Se reforma los programas y planes de estudio y se sigue educando bajo la divisa del personalismo y utilitarismo. La consigna de los reformadores de la educación no es otra que buscar la consolidación de una moral adecuada a las necesidades de los grupos detentadores del poder y a los imperialistas. Por este camino ni los añejos y parroquiales sentimientos nacionalistas son respetados.

La metamorfosis del **homo sapiens** (hombre que piensa) en **homo consumens** (individuo consumidor) es el signo más característico de las sociedades tecnológicas de occidente, dicho cambio se lo quiere institucionalizar en los países neocolonizados valiéndose de prostituidas prácticas de información colectiva.

En los últimos años los imperialistas y sus agentes sacan a relucir las repugnantes ideas del oscurantista clérigo Robert Malthus, sobre el crecimiento de la población. De este modo el control de la natalidad se convierte en el nuevo canto de sirena de las fuerzas reaccionarias coaligadas con el innoble propósito de encadenar la capacidad procreativa del hombre subdesarrollado.

No se niega que un acelerado ritmo de crecimiento de la población ocasione un agudizamiento de las precarias condiciones de vida de amplios segmentos de nuestras sociedades, mas, hacer del crecimiento de la población un factor causal del subdesarrollo refleja una mala intención o una ignorante interpretación de la realidad socio-económica. El neomalthusianismo pone al descubierto todo el fariseísmo de las políticas neocolonialistas.

No es ningún secreto que la ciencia está en capacidad de elevar la producción de alimentos para una población 10 o más veces mayor que la actual, tampoco es desconocido que enormes cantidades de alimentos tienen que ser destruidas para mantener los precios en el mercado internacional, sin embargo se insiste en esa política canibalista aún en países donde la explotación de la tierra se realiza en escala mínima. El cinismo imperialista no conoce límites en estos asuntos: se llega a condicionar su famosa "ayuda" a la adopción de "políticas de población" por parte de

los países latinoamericanos. El inconfesable propósito de los propugnadores del control natal es impedir que el aumento del "ejército de desocupados" se convierta en elemento detonador en el proceso revolucionario que vive el Tercer Mundo.

Las clases dominantes y sus ideólogos teorizan, ensayan y fracasan en reformas y contrarreformas en los distintos órdenes de la vida social. El reformismo es el nuevo culto de la burguesía y pequeña burguesía en un desesperado esfuerzo por inmovilizar la historia. Los espíritus alienados por el mito reformista se han convertido en el reino del caos, son los demiurgos de las contradicciones más monumentales en la teoría y en la praxis.

La tarea de eliminación para siempre de la subalimentación, el analfabetismo, el desempleo, el tugurio, la delincuencia, la prostitución, el alcoholismo, tienen que asumirla las masas populares dirigidas por una vanguardia revolucionaria. Igualmente otras enormes conquistas, como ser la planificación económica racional, la investigación científica para una mejor aplicación de los recursos naturales, la organización jurídica de la sociedad sin clases, nuevas y elevadas concepciones en el arte, la moral y la cultura, serán subproducto de las inquietudes e iniciativas del pueblo.

La sublimación de la sociedad, la ruptura con un pasado y un presente de engaños, ignominias y miserias, suponen una conciencialización de los procesos históricos, una devoción suprema a las causas populares y un esfuerzo diario tendiente a nuestra propia superación intelectual.

Reconocidas las dificultades de las luchas populares, todo hace pensar que nos encontramos en los umbrales de una nueva edad, de la edad humana de la humanidad. O, como dice Sartre: "el Tercer Mundo está creando una humanidad de superior calidad".

De las disciplinas sociales se ha dicho que son las "ciencias lúgubres", esta afirmación puede tener un fondo de verdad, pero si las despojamos de todo contenido de clase se transforman en el camino seguro para una real comprensión del hombre frente a sus semejantes y para despojar de la "hoja de parra" al tras-

nochado humanismo occidental que dice defender al hombre mientras más lo denigra y envilece.

El frente de lucha está abierto hoy más que nunca: voces amarillas, negras y mestizas se levantan para protestar por una vida que no ha sido más que una continua agonía. La violencia sembrada por los colonizadores y neocolonizadores está girando en redondo con una fuerza incontrolable que les llevará a su propia destrucción. Apoyar y formar parte de ese torrente, constituye el más grande imperativo moral de los hombres conscientes con la causa de la humanidad.